

**Gordon R. Dickson**

# **EL DORSAI PERDIDO**

**Cielo Dorsai VI**



Como un hombre atrapado en un sueño, alargó la mano y desactivó al último centinela, «el perro guardián», el robot que orbitaba más cerca del Puesto. En una exhalación desapareció el primer fortín, mientras el enemigo avanzaba, indomne, hacia la última línea de números «veinte», a cincuenta mil kilómetros, con la pantalla defensiva a sólo diez mil kilómetros por detrás. Sin vacilar, sus manos recorrieron el teclado y sus «veinte» se lanzaron hacia delante, intentando contactar con el enemigo en una zona lo más alejada posible de la pantalla. Cuarenta minutos más tarde, tres naves alienígenas se adentraron en una zona desguarnecida, donde dos de sus defensas, los números «cuarenta» y todos los «treinta» ya no estaban. Y las naves se hallaban apenas a mil quinientos kilómetros de la pantalla protectora.

## Colección Futurópolis

En 1987 una pequeña librería madrileña se lanza al mundo editorial inaugurando una colección de fantasía y ciencia ficción. Con un formato de 195×130 mm, encuadernación en rústica, y un diseño general en el que en un color de tapa en azul-morado, se inserta una ilustración referida a la novela. La que inaugura la colección es *Almuric* de Robert E. Howard, el creador de Conan el bárbaro, con una portada de Frank Frazzetta.

Desde el año 1987, y durante 8 años hasta 1995, la colección Futurópolis publicó un número total de 40 títulos encuadrados en los géneros de la ciencia ficción y el fantástico más general. Ese primer año son sólo tres títulos los que se publican, pero a partir de 1988 ya se editan 7 libros y en el siguiente año 10. La cadencia de salida es variable y no siempre se mantiene en torno a la media docena de volúmenes al año. La colección fue dirigida en un primer momento por Francisco Arellano, que actuó también de traductor en muchos de los títulos.

Futurópolis cuenta entre sus autores a plumas tan conocidas como las Roger Zelazny, Michael Moorcock, Gordon R. Dickson, Philip J. Farmer, Jack Vance o Poul Anderson. En muchas ocasiones se publican sagas como la de Dorsai de Dickson o la serie de Ambar de Zelazny que entre las dos suman la cantidad de once títulos. Títulos más que interesantes se publican en estos años: *Los clanes de la Luna Alfana* de Philip K. Dick, *Por el tiempo* de Robert Silverberg o *La gran cruzada* de Poul Anderson, son una muestra de los contenidos publicados. En el año 91, y hasta el final, se

editan casi exclusivamente a autores españoles. Aquí debutaría, por ejemplo, Rodolfo Martínez con su libro de ámbito cyberpunk *La sonrisa del gato*. Estos autores son los que en esos años están en plena actividad creadora: Rafael Marín, que publica cuatro títulos, Ángel Torres Quesada que vé su continuación de *las Islas del infierno* con *Whiarga*, Elia Barceló con la controvertida *Consecuencias naturales*, Saiz Cidoncha y su space opera *Memorias de un merodeador estelar*, Gabriel Bermúdez también publicará dos títulos y finalizará la colección en el número 40 Juan Carlos Planells con su primera novela *El enfrentamiento*, una ucronía de excelente factura.

### Títulos que forman la colección:

1. *Almuric (Almuric)* de Robert E. Howard (1939).
2. *Criaturas de luz y tinieblas (Creatures of Light and Darkness)* de Roger Zelazny (1969).
3. *El perro de la guerra y el dolor del mundo (The War Hound and the World's Pain)* de Michael Moorcock (1981).
4. *Los nueve príncipes de Ámbar (Nine Princes in Amber)* de Roger Zelazny (1970).
5. *Las armas de Avalón (The Guns of Avalon)* de Roger Zelazny (1972).
6. *Emphyrio (Emphyrio)* de Jack Vance (1969).
7. *El signo del Unicornio (Sign of the Unicorn)* de Roger Zelazny (1975).
8. *El caballero de espadas (The Knight of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
9. *La reina de las espadas (The Queen of Swords)* de Michael Moorcock (1971).
10. *El rey de espadas (The King of the Swords)* de Michael Moorcock (1971).
11. *La mano de Oberon (The Hand of Oberon)* de Roger Zelazny (1976).

12. *Las cortes del Caos (The Courts of Chaos)* de Roger Zelazny (1978).
13. *Dorsai (Dorsai!)* de Gordon R. Dickson (1959).
14. *Soldado no preguntes (Soldier, Ask Not)* de Gordon R. Dickson (1967).
15. *Nigromante (Necromancer)* de Gordon R. Dickson (1962).
16. *Las ballenas volantes de Ismael (The Wind Whales of Ishmael)* de Philip José Farmer (1971).
17. *La estrategia del error (The Tactics of Mistake)* de Gordon R. Dickson (1970).
18. *La estrella escarlata (The Ginger Star)* de Leigh Brackett (1974).
19. *Los perros de Skaith (The Hounds of Skaith)* de Leigh Brackett (1974).
20. *Piratas de Skaith (The Reavers of Skaith)* de Leigh Brackett (1973).
21. *Las máscaras de los illuminati (Masks of the Illuminati)* de Robert Anton Wilson (1981).
22. *Pesadillas y Geezenstacks (Nightmares and Geezenstacks)* de Fredric Brown (1961).
23. *Por el tiempo (Up the Line)* de Robert Silverberg (1969).
24. *El espíritu de los dorsai (The Spirit of Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1979).
25. *Los clanes de la Luna Alfana (Clans of the Alphan Moon)* de Philip K. Dick (1964).
26. *El dorsai perdido (Lost Dorsai)* de Gordon R. Dickson (1980).
27. *La gran cruzada (The Great Crusade)* de Poul Anderson (1960).
- 28.
29. *Eterno oscuro (Eterno oscuro)* de Miguel Ángel Lladó (1991).
30. *El síndico (The Syndic)* de C. M. Kornbluth (1993).
31. *Crisei (Crisei)* de Rafael Marín Trechera (1992).

32. *Arce (Arce)* de Rafael Marín Trechera (1992.)
33. *Génave (Génave)* de Rafael Marín Trechera (1992).
34. *Salud mortal (Salud mortal)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1993).
35. *Wyharga (Wyharga)* de Ángel Torres Quesada (1993).
36. *Instantes estelares (Instantes estelares)* de Gabriel Bermúdez Castillo (1994).
37. *Consecuencias naturales (Consecuencias naturales)* de Elia Barceló (1994).
38. *Memorias de un merodeador estelar (Memorias de un merodeador estelar)* de Carlos Saiz Cidoncha (1995).
39. *La sonrisa del gato (La sonrisa del gato)* de Rodolfo Martínez (1995).
40. *El enfrentamiento (El enfrentamiento)* de Juan Carlos Planells (1996).

## El dorsai perdido

Soy Corunna El Man.

Por fin pude hacer aterrizar la pequeña nave mensajera en el espaciopuerto de la Ciudad de Nahar, en Ceta, ese mundo grande que gira alrededor de Tau Ceti. Había logrado realizar el trayecto desde Dorsai en seis cambios de fase para transportar hasta la fortaleza de Gebel Nahar a nuestra Amanda Morgan... aquélla a quien llaman la Segunda Amanda Morgan.

Tengo un rango demasiado alto como para realizar tareas de piloto de una nave mensajera. Sin embargo, durante esa época me encontraba de permiso en casa. Las naves mensajeras propiedad de los Cantones Dorsai son demasiado caras como para arriesgarlas con ligereza; pero, la situación requería la presencia de un experto en contratos en Nahar de forma más rápida de lo que nadie podía llegar hasta allí con plena seguridad. Me pidieron que me encargara del problema, y yo lo había resuelto alargando al límite las posibilidades de cada cambio de fase al viajar hasta aquí.

Los riesgos que corrí no parecieron molestar a Amanda. Ello no resultaba sorprendente, ya que ella era una Dorsai. Sin embargo, tampoco me habló mucho durante el trayecto; y eso era algo que, conmigo, resultaba, ciertamente, inusual.

Ya que todo había sido diferente para mí después de lo de Baunpore. En la masacre que siguió al asedio, cuando finalmente los freilandeses del norte se apoderaron de la ciudad, me cortaron el rostro por simple venganza; y mataron

a Else, por el único motivo de que se trataba de mi esposa. De ella no quedó nada más que un gas incandescente, que se disipó por todo el universo; y como no existía la esperanza de una tumba, nada que me hiciera regresar allí, ni sitio alguno en el que pudiera ser recordada, yo me negué a la cirugía entonces, y elegí llevar mis cicatrices como un homenaje a ella.

Fue una decisión que jamás lamenté. No obstante, es verdad que con las cicatrices se produjo una alteración en la forma en que otra gente reaccionaba conmigo. Para algunos, descubrí que casi me había vuelto invisible; y casi todo el mundo parecía relajar sus impulsos naturales de mantener en privado sus secretos y preocupaciones personales.

Era como si sintieran que, de algún modo, yo me encontraba más allá del punto en que podía emitir algún juicio acerca de sus penas y dolores. No, pensándolo más detenidamente, resultaba algo más fuerte que eso. Era como si se tratara de una vela casi consumida en la cámara oscura de su más recóndito yo... un compañero apagado, pero seguro, cuya presencia les garantizaba que su intimidad se mantenía aún incólume. Dudo mucho que Amanda y aquellos que encontraría en este viaje a Gebel Nahar me hubieran hablado con tanta libertad, como más tarde hicieron, si los hubiera conocido en los días en los que Else vivía y era mía.

Tuvimos suerte en nuestra llegada. Gebel Nahar es más una fortaleza montañosa que un palacio o un centro de gobierno; y por razones militares, la Ciudad de Nahar, que se encuentra en un emplazamiento próximo, dispone de un espaciopuerto con capacidad para recibir a naves estelares provenientes del espacio profundo. Desembarcamos, con la creencia de que seríamos recibidos en la terminal en el momento en que atravesáramos las puertas. Sin embargo, no fue así.



El principado de la Colonia de Nahar se halla en las latitudes tropicales de Ceta, y la sala principal de la terminal era pequeña, aunque con un techo alto y bien aireada; el suelo y el techo estaban recubiertos con colores brillantes, con plantas que crecían por doquier; también había unos cuadros vivos, enormes y de marcos pesados en todas las paredes. Permanecimos en medio de todo ello mientras la gente pasaba a nuestro alrededor. Nadie nos miró directamente; no obstante, ni yo con mis cicatrices, ni Amanda — que tenía un parecido notable con las fotografías que mostraban a la primera Amanda en nuestros libros de historia— resultábamos fáciles de ignorar.

Yo me dirigí hasta el mostrador de mensajes y no encontré nada para nosotros. De regreso, tuve que buscar a Amanda, que se había alejado del lugar donde había dejado.

—El Man... —dijo su voz a mi espalda sin advertencia previa—. ¡Mira!

El tono que empleó me puso en guardia en el momento en que me volvía. Logré verla a ella y al cuadro que estaba contemplando, todo en el mismo instante. Se hallaba colgado en lo alto de una de las paredes; ella permanecía justo debajo, simplemente mirándolo.

Los rayos del sol, que penetraban a través de la pared delantera transparente, la bañaban a ella y a la pintura por igual. Ella aparecía reflejada en todos los colores naturales de la vida —tal como lo estuviera Else—, alta, delgada, con una chaqueta de un tono azul claro y una falda corta de color crema, con el cabello de un rubio casi blanco y esa increíble juventud que su antepasada del mismo nombre también había poseído. En contraste, la pintura era rica en tonalidades chillonas, doradas y carmesíes, mientras que las figuras que representaba aparecían atrapadas en actitudes exageradas y melodramáticas.

*Lecho de Muerte*, anunciaba la larga placa de latón que había debajo, tal como se traducía el título del español bas-

tardo y arcaico que hablaban los nahareses. Mostraba una gran cama dorada colocada en una llanura abierta después del fragor de una batalla. A su alrededor había cadáveres y oficiales heridos, de pie, con uniformes llamativos. Los vivos rodeaban la cama y a su ocupante, el Héroe muerto, quien, con una gran musculatura aunque demacrado, horriblemente herido y desnudo hasta la cintura, yacía sobre una gruesa pila de mantas de terciopelo, armas enjovadas, tapices maravillosamente trabajados y utensilios dorados, todo lo cual cubría la cama.

El cuerpo estaba tendido sobre su espalda, el mentón apuntando hacia el cielo, el rostro tenso con la agonía de la muerte, la gran mano aferrando aún sobre el pecho la empuñadura de una espada enorme y repujada, su sólido acero oscurecido por la sangre. Los oficiales heridos que había allí de pie, observando el cadáver, aparecían en posturas dramáticas. Sobre el campo, delante del lecho, un soldado raso, vestido con el destrozado uniforme de batalla, moribundo, tenía una mano extendida como tributo al hombre muerto.

Amanda me miró durante un segundo cuando me acerqué hasta ella. No pronunció palabra alguna. No era necesario decir nada. Con el fin de sobrevivir, en el transcurso de doscientos años, nosotros, los Dorsai, hemos exportado la única cosa que nos pertenecía —las vidas de nuestras generaciones— para ser abatida en guerras libradas por las causas de otros. Vivimos con la guerra real; y para aquellos que así viven, una pintura como ésa se aproximaba mucho a la obscenidad.

—De modo que así es como piensan aquí —comentó Amanda.

Bajé la vista y la miré de reojo. Junto con el aspecto de su antepasada, también había heredado la increíble juventud de la Primera Amanda. Incluso yo, que sabía que sólo tenía media docena de años más que ella —y ya me encontraba a mitad de la treintena—, a veces olvidaba ese

hecho, y sufría una especie de sacudida cuando me daba cuenta de que ella pensaba como mi generación y no como la joven que aparentaba ser.

—Cada cultura posee sus propias fantasías —dije—. Y esta cultura es hispánica; por lo menos, en herencia.

—Tengo entendido que, en la actualidad, menos del diez por ciento de la población naharesa es hispana. —Respondió—. Además, esto es una caricatura del comportamiento hispano.

Tenía razón. Nahar, originariamente, había sido colonizada por inmigrantes: gallegos provenientes del noroeste de España, quienes habían soñado con grandes ranchos en un territorio abierto y enorme. A cambio, Nahar, estrujada por sus vecinos más industriales y poderosos, se había convertido en un pequeño país superpoblado, conservando una versión bastarda de la lengua española como lengua nativa, y una mezcla de comportamientos y costumbres españoles medio recordados como su cultura. Después de la primera oleada de inmigrantes, aquellos que habían venido a establecerse aquí mostraban todo tipo de ascendencia, menos hispana; no obstante, habían continuado con el lenguaje y las costumbres encontrados aquí.

Los primeros rancheros se habían hecho enormemente ricos... ya que, a pesar de que Ceta resultaba un planeta poco poblado, era pobre en alimentos. Las llegadas posteriores de colonos habían inundado las ciudades de Nahar, y continuaron siendo pobres... muy pobres.

—Espero que la gente con la que tenga que entrevistarme posea más de un diez por ciento de sentido común —comentó Amanda—. Este cuadro hace que me pregunte si no preferirán la fantasía. Si es así como funcionan las cosas en Gebel Nahar...

Dejó la frase inconclusa, sacudió la cabeza y, luego —aparentemente apartando el cuadro de su mente—, me sonrió. El gesto le iluminó el rostro, en mayor medida de lo que comúnmente expresa esa frase. Con ella, resultaba al-

go distinto, una iluminación interior más profunda y grande que lo que esas palabras habitualmente indican. Yo la había conocido por primera vez hacía tres días, y Else era todo lo que yo quería o desearía alguna vez; sin embargo, ahora podía captar lo que la gente en Dorsai quería dar a entender cuando comentaban que había heredado las capacidades de la primera Amanda para el mando sobre otros y para hacer que la amaran.

—¿Hay algún mensaje para nosotros? —inquirió.

—No... —Comencé. Pero, entonces, me volví, ya que por el rabillo del ojo había visto que alguien se nos acercaba.

Ella también giró. Nuestra atención se vio atraída debido a que el hombre que avanzaba en nuestra dirección sobre piernas bastante largas era un Dorsai. Era grande. No poseía el tamaño de los gemelos Graeme, Ian y Kensie, que eran los que estaban al mando en Gebel Nahar, según el contrato con los nahareses; sin embargo, se aproximaba a ese tamaño y resultaba considerablemente más grande que yo. No obstante, los Dorsai ostentan todas las formas y todos los tamaños. Lo que le había identificado ante nosotros —y, obviamente, a nosotros ante él— no era el tamaño, sino una multitud de señales pequeñas, demasiado sutiles para ser catalogadas. Vestía el uniforme naharés de director de banda del ejército, con galones oficiales en el cuello del traje; su cabello era rubio, su rostro, enjuto, y apenas sobrepasaba los veinte años. Yo le reconocí.

Era el tercer hijo de un vecino de mi propio cantón de Isla Alta, en Dorsai. Se llamaba Michael de Sandoval, y poco se había sabido de él en los últimos seis años.

—Señor... señora —dijo, deteniéndose delante de nosotros—. Lamento la espera que han sufrido. Hubo un ligero problema para conseguir transporte.

—Michael —comenté—. ¿Conoces a Amanda Morgan?

—No —se volvió hacia ella—. Es un honor conocerla, señora. Supongo que estará cansada de oír decir a todo el

mundo que la reconoce por las fotografías de su bisabuela, ¿verdad?

—Jamás me canso de ello —repuso Amanda con voz alegre, mientras le ofrecía la mano—. Pero ¿usted ya conocía a Corunna El Man?

—La familia El Man es vecina de las Tierras Altas —replió Michael. Durante un segundo, me sonrió casi con tristeza—. Recuerdo al capitán cuando yo tenía seis años y él vino en su primera visita. Si son tan amables de venir conmigo, por favor. Ya he hecho que colocaran su equipaje en el autobús.

—¿Autobús? —repetí a medida que lo seguíamos hacia los ventanales de salida de la terminal.

—El autobús de la banda del Tercer Regimiento. Fue todo lo que pude conseguir.

Salimos a una pequeña plataforma de *parking* en la que se veían algunos voladores atmosféricos y vehículos de tierra. Michael de Sandoval nos llevó a un coche pesado de energía, que por su aspecto parecía poder llevar a unos treinta pasajeros. En el interior, sólo una persona hacía que el vehículo no estuviera vacío por completo. Se trataba de un Exótico con una túnica de color azul oscuro, un Exótico de cabello blanco y un rostro que, extrañamente, parecía sin edad. Podría haber tenido entre treinta y ochenta años y estaba sentado en la zona del vestíbulo del autobús, justo delante de la pared del compartimento que separaba la zona de control del morro del vehículo. Nos miró cuando nos acercábamos.

—Padma, Unificador en Ceta —presentó Michael—. Señor, ¿puedo presentarle a Amanda Morgan, Reguladora de Contratos, y a Corunna El Man, capitán de nave, los dos Dorsai? El capitán el Man acaba de traer a la Reguladora en una nave mensajera.

—Claro, ya estoy al tanto de su llegada —comentó Padma.

Padma no ofreció la mano a ninguno de los dos. Tampoco se puso de pie. Sin embargo, al igual que muchos de los otros Exóticos avanzados que he conocido, no parecía necesitar hacerlo. Como sucedía con los otros, había a su alrededor semejante paz y calidez que todos nosotros nos vimos de inmediato envueltos en ellas, y cualquier comportamiento suyo pareció natural y esperado.

Nos sentamos juntos. Michael se introdujo en el compartimento de control y, un momento más tarde, con una suave vibración, el autobús se elevó de la plataforma de *parking*.

—Es un honor conocerle, Unificador —comentó Amanda—. No obstante, mayor es el honor de hacer que usted nos conozca a nosotros. ¿Qué es lo que nos brinda tanta atención?

Padma sonrió fugazmente.

—Me temo que no he venido sólo a conocerles —le contestó—. Aunque Kensie Graeme me ha contado muchas cosas acerca de ustedes; y... —Me miró a mí—, hasta yo he oído hablar de Corunna El Man.

—¿Hay algo de lo que ustedes los Exóticos no hayan oído hablar? —inquirí.

—Muchas cosas —repuso sacudiendo la cabeza leve pero seriamente.

—Entonces, ¿cuál fue la otra razón que le trajo al espacioportado? —preguntó Amanda.

La miró pensativo.

—Algo que no tiene nada que ver con su llegada —replicó—. Da la casualidad de que debía hacer una llamada a otra parte del planeta, y los teléfonos de Gebel Nahar no eran tan privados como me hubiera gustado. Cuando me enteré de que Michael vendría a recogerles, le acompañé para realizar mi llamada desde la terminal de aquí.

—¿No se trataba, entonces, de una llamada en nombre del Conde de Nahar? —quise saber.

—Si lo hubiera sido... o una en mi nombre —sonrió—, no querría traicionar la confianza depositada en mí reconociendo ese hecho. ¿Doy por supuesto que conoce al Conde? ¿Al gobernante titular de Nahar?

—He estado instruyéndome sobre la Colonia y acerca de Gebel Nahar desde que me enteré de que requerían mis servicios aquí —contestó Amanda.

Me di cuenta de que me hacía señales para que la dejara sola con él. Lo percibí en la forma en que se sentó y en el ángulo en que mantuvo la cabeza. Los Exóticos son perceptivos; sin embargo, dudo que Padma hubiera captado ese mensaje sutil y privado.

—Perdónenme —les dije—. Creo que iré a charlar un poco con Michael.

Me incorporé y atravesé la puerta que llevaba a la sección de control, cerrándola a mi espalda. Michael estaba sentado de forma relajada, con una mano apoyada en el mando de conducción; me senté en el asiento del copiloto.

—¿Cómo están las cosas en casa, señor? —me preguntó sin volver la cabeza del cielo que teníamos ante nosotros.

—Ésta es la primera vez que yo mismo he regresado desde que tú te marchaste —le comuniqué—. Pero, no ha cambiado mucho. Mi padre murió el año pasado.

—Lamento oír eso.

—Tu padre y tu madre se encuentran bien... y he oído decir que tus hermanos se hallan bien entre las estrellas —continué—. Claro está que tú ya sabes eso.

—No —dijo, aún observando el cielo—. No he recibido noticias de ellos en bastante tiempo.

Un silencio amenazaba con caer entre nosotros.

—¿Qué ocurrió para que terminaras aquí? —le pregunté. Se trataba de una pregunta casi ritual entre los Dorsal que estábamos lejos de casa.

—Oí hablar de Nahar. Pensé que me gustaría echarle un vistazo.